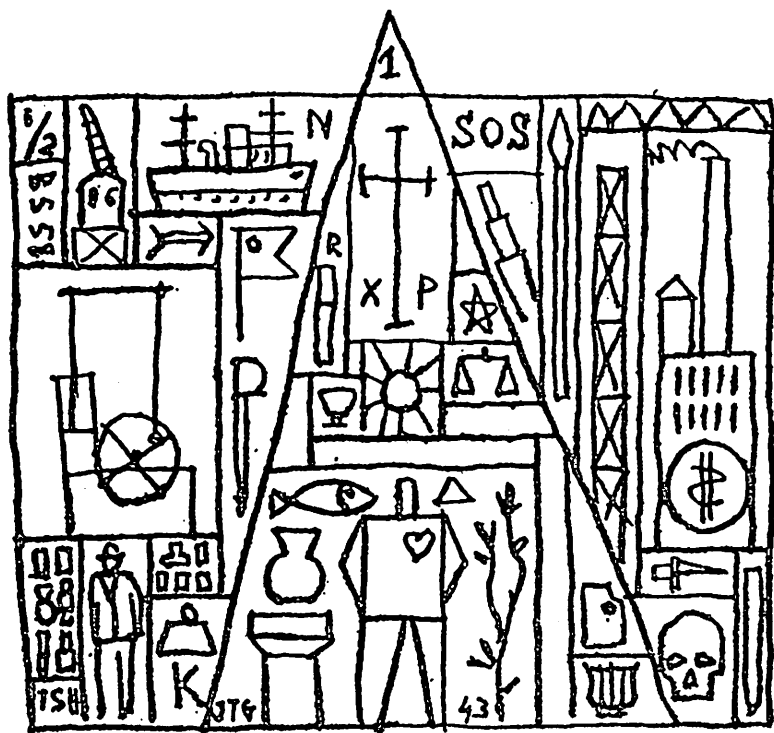


# BORGES Y REYES: UNA CORRESPONDENCIA

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE UNA AMISTAD LITERARIA

2



Emir Rodríguez Monegal en su gran biografía literaria de Borges que pronto podremos leer en castellano\*; James Willis Robb en dos trabajos: "Borges y Reyes: una relación epistolar" (*Humanitas*, viii, Monterrey, 1967), "Borges y Reyes: algunas simpatías y diferencias" en *Estudios sobre Alfonso Reyes* (Bogotá: Ediciones del Dorado, 1976) y Donald A. Yates en "Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: una amistad literaria" (*Boletín de la Capilla Alfonsina*, 33, 1978), han subrayado la influencia amistosa que Reyes ejerció sobre Borges.

Yates considera que Reyes le brindó su amistad al joven Borges y lo aconsejó en un momento crítico de su carrera, cuando el escritor de 28 años buscaba la salida de una prosa excesivamente elaborada. "En cierto modo, Reyes le señaló a Borges el camino que, una década después, y tras experimentos vacilantes, le llevaría a la composición de los extraordinarios cuentos que iban a integrar su obra fundamental, *Ficciones*".

Para fundamentar el juicio de Yates están las líneas de Borges en "An Autobiographical Essay" (1970), publicado primero en *The New Yorker* y luego como apéndice a *The Aleph and other stories: 1933-1969*:

At this time, I also met Alfonso Reyes. He was the Mexican ambassador to Argentina, and used to invite me to dinner every Sunday at the embassy. I think of Reyes as the finest Spanish prose stylist of this century, and in my writing I learned a great deal about simplicity and directness from him.

\* Véase un adelanto aparecido en octubre en esta misma revista: "Muerte y resurrección de Borges" (N. del E.)

El 16 de julio de 1963 Manuelita Reyes me permitió, con su invariable amabilidad, sentarme al escritorio de don Alfonso y copiar en su máquina Hermes Baby de cinta azul la correspondencia con Borges. La publiqué anónimamente en el número 77 de *La Cultura en México* (agosto 7, 1963), precedida de una nota, anónima también, de Gastón García Cantú, entonces director en funciones del suplemento de *Siempre!*:

Reyes fue, sin duda alguna, el escritor mexicano que mantuvo una comunicación íntima, constante, con los mejores escritores de su tiempo. Revisando sus cartas parece que retrocedemos a los días en que novelistas y poetas escribían para confiar a sus amigos lo que no podía constar en su obra misma. Azorín, Fousché-Delbosc, Unamuno, Ortega... la lista sería abrumadora, escribieron a Reyes valiosas cartas y Reyes contestó apuntando, a uno, algún hallazgo; previniendo a otro; anticipando la ayuda al escritor en desgracia consigo mismo. La correspondencia de don Alfonso es parte de su legado literario. No son, las suyas, cartas escritas para la posteridad. Revelan su grata compañía, su incomparable sagacidad para desenredar malas ideas; su estilo, tierno, sencillo, escrito en voz baja.

Publicamos un legajo de cartas de Reyes y Borges; es decir, de dos escritores a quienes deben nuestros países una nueva conciencia literaria y un medio más digno de expresión. Borges — el lector lo confirmará — consideraba a Reyes el mejor de su tiempo. Sus razones son las nuestras.

En los veinte años de la muerte de Reyes me pareció oportuno transcribir de nuevo aquellas cartas, ahora con notas que no estaban en *Siempre!* y con algunos textos de Borges sobre Reyes y de Reyes sobre Borges, muchos de los cuales tampoco son fáciles de conseguir. No se recogen exhaustivamente las menciones al uno en la obra del otro. El propósito de este artículo es modesto: contribuir al estudio de una amistad literaria, estudio que no podrá hacerse sin que en él intervengan Ernesto Mejía Sánchez, Rodríguez Monegal, Robb, Barbara Bockus Aponte y Yates. Una verdadera "correspondencia" y un examen de sus relaciones literarias sólo será posible mediante un esfuerzo colectivo. Lo que sigue son apenas materiales para este trabajo. Agradezco a Jorge Luis Borges y a Alicia Reyes su autorización verbal para reproducir las

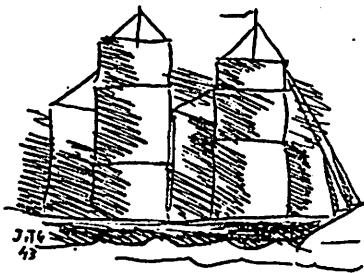


José Emilio Pacheco fue secretario de redacción de esta revista entre 1959 y 1965 y escribió en estas páginas la sección "Simpatías y diferencias". El Fondo de Cultura Económica publicará en 1980 sus poemas 1958-1978 con el título de *Tarde o temprano*.

1 Notas y transcripciones  
de José Emilio Pacheco

Rev. de la Universidad de México

Diciembre 1979



páginas que se leerán a continuación.

Gracias a Alicia Reyes, el 11 de diciembre de 1973 tuve oportunidad de hablar a solas con Borges durante media hora. Subimos al escritorio de Reyes y le dije que allí estaba su fotografía. Le expliqué la función que en "Los rostros aleccionados" Reyes daba a esa foto. Borges no conocía el texto de *Las burlas veras* que se copia más adelante. Le dije que años atrás me había atrevido a publicar sin permiso sus cartas, por razones tan obvias que me apenaba mencionarlas. Añadí que en mi opinión faltaban muchas cartas de uno y otro en el folder que se conserva en el Archivo de Reyes. Borges respondió que, en efecto, tenía en Buenos Aires algunas cartas manuscritas y agregó que no objetaba la publicación pero que a su juicio carecía de interés, ya que él jamás ha escrito cartas literarias. En ese momento llegaron reporteros y fotógrafos. La conversación se interrumpió y no siento deseos de proseguirla mientras dure el actual estado de cosas en Argentina. En este momento, y desde México, esto es lo que ha podido reconstruir de la amistad literaria alguien que es un lector atento de ambos escritores pero en modo alguno pretende figurar como especialista en sus obras.

3

Borges y Reyes no se conocieron en España. Según Yates, en 1924 Borges le envió un ejemplar de *Fervor de Buenos Aires* y Reyes le contestó "alabando los versos de *Fervor*, manifestándole que los poemas sobre los antepasados militares de Borges le habían conmovido, porque él también era de estirpe militar."

La primera mención que encuentro en la obra de Reyes es un "Apéndice de 1926" a *Cuestiones gongorinas* (1927 y en *Obras completas*, vii, 1958). Reyes cita dos ensayos del joven Borges: "Examen de un soneto de Góngora" en *El tamaño de mi esperanza* y "Para el centenario de Góngora" en *El idioma de los argentinos* (1928). Este último se anota en el artículo "Góngora y América", incorporado después al libro y escrito en 1929.

En junio de 1927 Reyes, entonces de 38 años recién cumplidos, llegó como embajador en la Argentina. Borges, que aún no cumplía los 28, publicó en *Síntesis* un artículo recogido en *El idioma de los argentinos* —uno de los "innombrables" cuya reedición no ha autorizado— y en las *Páginas sobre Alfonso Reyes* (Monterrey, dos volúmenes, 1955-57), que no tuvieron distribución comercial:

Gratisimo libro conversado es este de Reyes, sin una palabra más alta que otra y cuyo beneficio más claro es el espectáculo de bien repartida amistad que hay en su cuarentena de apuntes. Reyes es practicante venturoso de esa virtud de virtudes: la

cortesía, y su libro está gobernado por ese mérito. Reyes es fino catador de almas, es observador benévolo de las distinciones insustituibles de cada yo. De tan bien conversarnos de sus amigos, nos amiga con ellos. Desde luego, más prudente es frecuentar las noticias que Reyes nos transmite sobre Valle-Inclán, que los orondos y pendulares párrafos de éste.

*Reloj de sol* empieza por una apología de las anécdotas: página emocionada y precisa, que transcribo para que el lector se enamore de ella; y también ¡oh, menesteres dialogísticos del oficio! para comentarla. Aquí está:

"Hay que interesarse por las anécdotas. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar, por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser, como la flor en la planta: la combinación cálida, visible, armoniosa que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital.

"Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro molino." (*Reloj de Sol*, página once.)

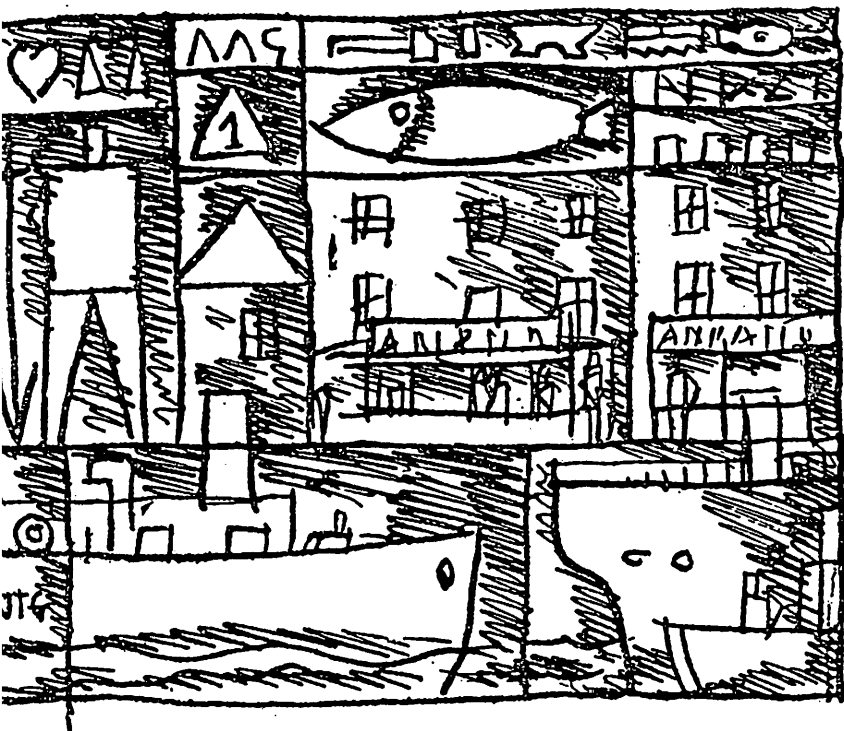
Hay un semblante falso de contradicción en ese encarecimiento de los recuerdos y del olvido: falso, puesto que recordar una sola cosa cualquiera, es olvidarse de lo demás del mundo. No insistiré sobre esa angostura lineal de nuestra conciencia, ya denunciada por Arturo Schopenhauer; quiero pasar derecho a la anécdota y a su tasación.

En estos días se finge menospreciarla. Sin embargo, la anécdota —no en su primordial acepción de historia secreta, sino en la usual de incidente escrito o narrado, de sección breve operada sobre el destino de un hombre— es la realidad de cualquier poesía y lo que nos gusta. Lo abstraído, lo general, es cosa impoética. El ser, el incondicionado ser (esto Schopenhauer también lo premeditó) no es sino la cópula que une el sujeto con el predicado. Es decir, el ser no es categoría poética ni metafísica, es gramatical. Dicho sea con palabras de la lingüística: el depuradísimo verbo *ser*, tan servicial que lo mismo sirve para ser hombre que para ser perro, es un morfema, signo conjuntivo de relación; no un semantema, signo de representación. Pensar *Alguien hizo algo*, no es poético; pensar *En uno de los días del tiempo y en uno de los sitios del espacio, un hombre escribió*, ya casi lo es; pensar *En una casa de la calle del Parque (esquina Suipacha) un señor alsinista se puso a escribir con letra perfilada estas cosas: En un overo rosao, flete nuevo y parejito... lo es con intensidad. Y es que lo último es anecdótico.*

A las anécdotas es costumbre contraponer las imágenes y metáforas: enemistad fabulosa, pues éstas no son más que anécdotas chicas. En ensayo anterior sobre la metáfora, he procurado razonar este parecer.

Reyes ha reformado la anécdota. Su prudente revolución corresponde a la solicitada por Ben Jonson para el epigrama. En vez de sujetar la ente-

2



ra composición a la última línea, al desenlace armado, al rasgo (de antemano) asombroso, Reyes quiere que el agrado de sus anécdotas sea perpetuo. Nunca procedieron así los anecdotistas. Siempre nos propusieron su página, no de gustativa lectura, sino de desconfianza o de impaciencia o de suspensión, para recién justificarse en la última línea y callar. Leerlos tenía más de tarea que de placer. Uno se fatigaba, esperándolos. Reyes, no; Reyes nos presenta un mundito y hace como si lo dejara vivir. El riesgo de esta suerte de anécdotas desmochadas, de anécdotas sin asombro pero con encanto, sería la insipidez; Reyes ni siquiera ha tenido que precaverse de tal peligro. Alguna —*El Gimnasio de la Revista Nueva*— es incomparable.

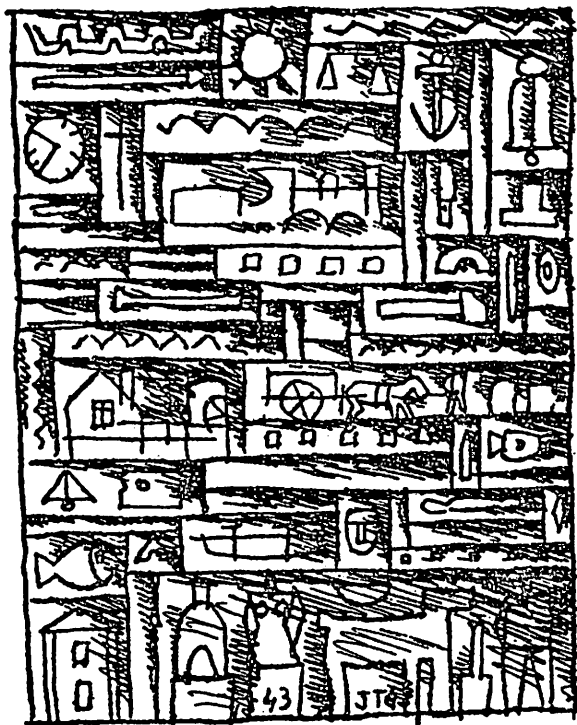
*Un recuerdo de Año Nuevo* —página de una tan discreta efusión— es otra de las bondades del libro. Su eficacia novelística es mucha. Cinco, seis renglones, y la definición de los personajes está lograda. A don Ramón Menéndez Pidal nos lo persuade así, como quien no quiere la cosa: “A sus estancias en la sierra, que alterna con el sol de la marítima Zumaya, debe D. Ramón, seguramente, ese salufifero color de barro cocido que ha heredado de él su hija Jimena. D. Ramón es hombre que escribe con las ventanas abiertas, en pleno invierno, envueltas las piernas en la manta española.” (*Reloj de Sol*, página 67)

La consideración *De microbiología literaria* también me está llamando a la crítica. En ella, el escritor se condeue de las palabras venidas a menos o aplebeyadas; de la palabra “gracia” que ahora significa chiste o chocarrería, de la palabra “habilidad” que hoy es equivalente de astucia. Esa denigración la operan las malas artes de la plebeyez,

que todo lo acomoda a su imagen. Otra, no registrada allí, es la motivada por el abaratamiento de los elogios. Hablo de los elogios gruesos, atropellados, sin valoración, de los que pueden ser tan incómodos y tan zafios como una injuria. ¿Qué decir de la intemporalidad terrible de Dios, si la piedra que perdura muchos años ya es cosa eterna? ¿Qué adjetivación será propia de la divinidad, si un jarrón de barro es divino? Para el gacetillero español, no hay sacerdote sin su “virtuoso”, no hay comerciante sin su “probo”, no hay señorita sin su “bellísima”, no hay auditorio sin su “numeroso y selecto”. Esa constancia casi homérica de los epítetos no es tampoco una seña de exaltación; es alargamiento inútil de las palabras. No es ni conceptual ni emotiva: escribir *la bellísima señorita de Tal* no es emocionarse con ella ni formular un juicio estético o pseudo estético; es —únicamente— nombrarla. En tales casos, la ya inseparable adjetivación hace de prefijo, pero de prefijo haragán. El vocablo *señorita* se pierde y es desbancado por un neologismo cargoso: *bellísima señorita*. (A la simulación de las alabanzas corresponde —signo también de mezquindad— la de las injurias. Hay fórmulas, universalmente aplicables de injuria, y tan bochornosa perfección hemos alcanzado que todo marinero borracho, con sólo chapurrear una de esas fórmulas, puede manosear nuestra paz y obligarnos a la pelea, al bastonazo o a la cobardía. ¡Tan convencional es la cosa! Hay literato en Groenlandia que cuando dice *Fulano de Tal es un degenerado y plagiario*, lo que quiere decir, es: *Fulano de Tal no frecuenta la misma cofradía que yo*, y así se lo entienden).

Releo este afabilísimo *Reloj de Sol*, y una curiosidad clandestina —la misma que ha desordenado más de una vez mis lecturas de Unamuno, de Tomás de Quincey, de Hazlitt me hace preguntar: ¿Este hombre tan sagaz, tan inteligente de los delicados errores y de los delicados aciertos de todo escrito, creará de veras en la venerabilidad de las letras, en la perfección durante dos horas? La interrogación es íntima, ya lo sé; voceada en la mitad del día, sin un declive propiciatorio de dudas, parece lastimar el más secreto pudor de la inteligencia. Quizá fuera más posible de noche, en esas horas anónimas y alargadas que son los arrabales del alba y en que el atrevimiento de trasnochar se hace discutidor, y en las que razona el desgano físico... Indecible o no, mi indiscreción es demasiado íntima para ser satisfecha por otro que Alfonso Reyes, y ése, quién sabe. A lo mejor, él mismo lo ignora.





(Hay negocios demasiado íntimos y definitivos para ser tarea de nuestro pecho). Hay quien descrea del arte —Quevedo, barrunto, fue uno de sus mayores incrédulos— y quien aparenta negarlo, y sin embargo firma libros y corrige pruebas y reivindica para sí una prioridad, como los dadaístas. Reyes bien puede asemejarse a Quevedo. Esos miramientos con Góngora, esa su piadosa tertulia de *Los amigos de Lope*, ¿no están insinuándonos que le interesa más la pregustada (posgustada) realidad de esos escritores que la de su tan laureada escritura?

4

En 1969 Alicia Reyes publicó la primera parte del *Diario (1911-1930)* de Alfonso Reyes. Se trata de apuntes que Reyes seguramente destinaba para una elaboración posterior y en sus páginas abundan las lagunas. No podemos saber por el *Diario* dónde ni cuándo se conocieron Reyes y Borges. Parece probable que haya sido en casa de Victoria Ocampo, aunque pienso que el vínculo más inmediato entre ambos era Pedro Henríquez Ureña, amigo y maestro de Reyes desde 1908.

Borges aparece inicialmente en el *Diario* el 5 de diciembre de 1928, como parte de los “chicos escritores argentinos, la muchachada como aquí dicen”. En vez de hacer la revista que ellos le piden, Reyes propone la edición de los Cuadernos del Plata. Entre los nombres que Reyes “sueña” para esta colección figura en tercer lugar el de Borges, después de Pedro Henríquez Ureña y Victoria Ocampo.

El 26 de enero de 1929 Reyes anota: “Caso de te-

lepatía con Borges. Yo necesitaba un libro de Matthew Arnold y uno de Tytler. Le pedí a Borges por carta este último. ¡Y me ha enviado los dos!”

Al día siguiente: “Tarde, Borges en casa. Planeamos cuadernos posibles que den a mi colección más tono argentino.” Entre ellos el *Fausto* de Estanislao del Campo, *El matadero*, antología de milongas viejas, versos de truco.

“Otro caso de telepatía”, anota Reyes el 28 de enero en estilo telegráfico: “recibo carta de Pedro Henríquez Ureña hablándome de que debo interesarme por el juego del truco y hablar de eso con Borges.” En “Las jitanjáforas”, publicado en el número único de la revista *Libra* (invierno de 1929) y recogido en *La experiencia literaria* (1942 y O.C. xiv, 1962), escribe Reyes: “Jorge Luis Borges pensó en recoger algún día las coplas del truco, de cuya locura puede dar idea la siguiente copla que se dice para tirar la flor:

Por el río Paraná  
viene navegando un piojo,  
con un lunar en el ojo  
y una flor en el ojal.”

Entre las actividades del 30 de enero figura una “Junta de los Cuadernos del Plata: Evar Méndez, Xul Solar, Borges, Molinari. Definimos varios puntos de materia y espíritu de la colección.” El 3 de febrero fue un “Domingo. Vinieron Bernárdez y Borges y Rinaldini.” El 11 de abril Reyes enumera las cartas escritas en esa fecha: “A Borges: felicítolo su *Cuaderno San Martín* que ya me trajo para Cuadernos del Plata y pídele active colección de Macedonio Fernández.”

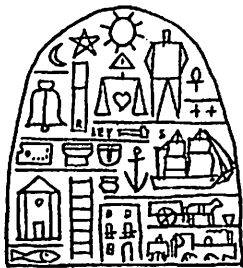
La anotación del 27 de mayo informa que “Borges se retira de *Libra* (de la redacción nominal), aunque seguirá colaborando, por ciertos leves choques con Marechal, pero, a la vez, porque tiene compromisos amistosos con muchos literatos ‘impuros’ que Bernárdez no quiere aceptar.”

El 12 de septiembre hay cuatro palabras: “Proyecto teatral con Borges” que no se desarrollarán hasta 1952 (“Sófocles y la posada del mundo” en *Marginalia*, segunda serie, 1954):

Solía yo decir a Jorge Luis Borges, allá en mis días de Buenos Aires:

—¿Qué efecto podría causar una obra escénica cuyos personajes, en vez de dialogar como suelen, simplemente monologaran uno junto a otro? Cada Juan Pirulero atiende a su juego, cada uno habla de lo que le interesa o fascina, cada uno sigue su sueño y no da oídos al interlocutor, por mucho que lo tenga delante. En el fondo, y si pudiéramos arrancar el disfraz a muchas conversaciones, esto es lo que realmente sucede.

Y por aquí llegué a concebir una pieza teatral que podría llamarse, simbólicamente, y según el estilo de aquellos autos del Seiscientos, *La posada del*



*mundo.*

Sea, en efecto, una posada. En torno a la mesa común, a la hora de las comidas, se juntan los personajes dos o tres veces al día y conversan. ¿Conversan? Hacen que conversan. Habla cada uno para sí delante de los demás, y acaso ellos creen que cambian ideas y se engañan solos.

Pero sobreviene, de pronto, algún peligro de muerte, tal vez comienzan a caer bombas sobre la ciudad. Tiembla el escenario. Y entonces un hombre y una mujer, que ocupan los extremos de la mesa, acuden uno hacia otro y, sin hablar, se abrazan para esperar juntos el desastre. Estos personajes son los únicos que de veras están o han estado en comunicación, trato y comercio humanos, aunque no a la vista del público.

¿Sería el efecto demasiado paradójico o demasiado duro? Como siempre que se trata de arte, dejémonos de discutir sobre el tema abstracto. El valor está en la ejecución. Todo dependería de la mayor o menor felicidad en el desarrollo de la obra. ("No está todo en la guitarra, / sino en cómo se la tañe".) La empresa no nos parece imposible, y tal vez un día la intentemos...

Después de anticiparse a una obra que Harold Pinter iba a escribir cuarenta años después (*Landscape*, 1969) Reyes y Borges proyectan el 21 de octubre un libro acerca de las regiones de Buenos Aires en que Borges se ocuparía de La Chacarita (ver en *Cuaderno San Martín* "Muertes de Buenos Aires", dos poemas sobre dos cementerios bonaerenses: La Chacarita y La Recoleta), Olivari de Villa Crespo, Bernárdez de Almagro (el Retiro), Mallea del Barrio Norte, Erro de Palermo Chico, Petit de Murat de Belgrano y Martínez Estrada del Sur.

El 28 de octubre, en el Golf Club Argentino de Palermo, Reyes da una fiesta para los colaboradores de los Cuadernos del Plata ("bellos ejemplares, impresos en papel breña, dirigidos por el propio autor, fuera de comercio", a la usanza de una época literaria que en Colombia han llamado la era de los "cuadernícolas"). Hay quince comensales, entre ellos Borges y las hermanas Ocampo.

Comienza el nuevo año y el 8 de enero de 1930 Reyes, que antes se ha quejado de su puesto ("No hago más que servir mi cargo oficial, en mil sandeces obligatorias, llevando a la espalda el fondo de una inmensa melancolía"), lamenta:

Peores cada vez mis impresiones del ambiente literario argentino, donde a nadie le importa la literatura, sino la politiquilla literaria de los grupos o *patotas*, y donde los individuos o los grupos se traicionan entre sí constantemente. A la realidad sustituyen un fantasma de murmuraciones. Muy raro todo. Quédense solos y arréglense solos. Yo, para mi colete, he decidido alejarme prácticamente y vivir con la mente en otra parte. Y no es queja contra "personas": sería ingrato.

5

El 10 de enero renuncia a los Cuadernos del Plata y a la revista *Libra*. El 3 de abril Reyes sale hacia Río de Janeiro como embajador de México en Brasil. La parte de la correspondencia que se guarda en el Archivo de Reyes comienza cuando le envía a Borges su revista personal *Monterrey* y lo invita a colaborar.

I. De JLB para AR  
(Buenos Aires, *circa* julio de 1930)

Siempre leído amigo:

Le agradezco de veras su *Monterrey*<sup>1</sup>, carta hermosa en que me parece sentir una soledad. Aquí, *todo está como era entonces*, con alguna más aspe-reza y rencor en el ambiente literario. Nuestros domingos a la tarde ya no tienen destino... Nora Lange<sup>2</sup> tiene un libro de versos en prensa y, Rossi<sup>3</sup> persiste en su campaña tan hermosa y peleadora como insensata pro idioma rioplatense, yo entregaré a Gleizer<sup>4</sup> mi *Carriego* dentro de una semana. Creo que es todo.

Le envío, para divertir unos minutos suyos, unos insospechables endecasílabos de Raquel Adler<sup>5</sup>, geniales de acento oficial y de chatura. Deben ser dichos con vivacidad y con énfasis:

*Luego, por circunstancias económicas,  
tuvimos que mudar de domicilio  
y abandonar la casa que mis padres  
habían adquirido en calle Orurc.*

Mis respetos a su señora. Un abrazo de

Borges

II. De JLB para AR  
(Buenos Aires, *circa* octubre de 1930)

¡Salve! Quiero, en primer término, agradecer la invitación de *Monterrey*, a quien remitiré unos borradores apenas los desdibuje un poco. No me tengo confianza; ya sabe usted que el borrador — como el anacronismo, el anatropismo y la errata — es también un género literario.

Quiere usted mi versión sobre *los sucesos gloriosos*<sup>6</sup>. Juro que desde aquella tarde victoriana no he vuelto a ver a la señora Saint, y sólo en contadísimas ocasiones, a la resplandeciente Haydée Lange<sup>6</sup>. En cuanto a la eliminación del Doctor<sup>7</sup>, puedo



asegurarle que, descontada su necesidad, su bondad final, su justicia, nos vale ahora un desagradabilísimo ambiente. La revolución (o cuartelazo con el apoyo del público) es una victoria del buen sentido sobre la ineptia, la frecuente deshonestidad y la ofuscación, pero esas malas cosas vencidas correspondían a una mitología, a un cariño, a una felicidad —a la imagen estafalaria del *Doctor*, conspirador y tático en la misma Casa Rosada. Buenos Aires, ahora, ha tenido que repudiar su mitología casera, y frangollar motivos de entusiasmo con heroísmos en los que nadie cree y con el tema —insignificante para el espíritu— de que estos militares no roban. Sacrificar el Mito a la lucidez ¿qué le parece? Shaw, indudablemente, lo aprobaría. No sé si escribo con precisión; antes (repito) poseíamos idiolez, pero con barulleros diarios opositores, con sus *vivas* y *mueras*, con una idolatría cómoda que florecía en las paredes, en las milongas y en las letras de tango; ahora, tenemos independencia con ley marcial, una prensa adulona, la *tuñonada*<sup>8</sup> con escarapela perpetua y la ficción de que el régimen tilingo anterior era *cruel y tiránico*.

Espectáculos, pocos. Un tiroteo no letal de rifles en la plaza Once, una ametralladora a media cuadra en la calle Junín, dos armerías saqueadas por un malevaje inseguro en la calle Rivadavia: esas visiones debo a la revolución, y se las agradezco.

*Carriego*, dentro de unos diez días lo irá a ver.

De aquí muchísimos afectos. Suyo, en la espera,

Jorge Luis Borges

III. De JLB para AR  
(Buenos Aires, *circa* enero de 1932)

Don Alfonso:

Releo en la página 40 del *Calendario*: “Un solo estornudo sublime conozco en la literatura: el de Zaratustra.”

¿Puedo proponerle otro? Es uno de los tormentosos presagios de la *Odisea* y está en el libro diecisiete, al final. La reina, fastidiada, hace votos por la terrible vuelta del héroe y entonces (sigo la versión de Andrew Lang) “Telémaco estornudó con vigor y en torno el techo resonó maravillosamente.”

El ominoso carácter de la efusión es reconocido enseguida, y Penélope exclama: “Eumeo, ¿no adviertes que mi hijo ha estornudado una bendición sobre mis palabras? Ya sé de cierto que ningún destino a medio forjar caerá sobre los pretendientes y que ninguno de ellos conseguirá eludir la muerte y los hados.”

Sería entretenido rastrear los escamoteos y las deformaciones de este estornudo a través de los púdicos traductores. ¿Lo estornudó Madame Dacier o lo falsificó? Chapman, en su versión de 1614, no lo silencia:

...in echoes round

*Her son's strange neesings made a horrid sound*

(*Neesing*, me informa el diccionario, es una antigua forma de *sneezing*.) Don Alfonso, perdone estas fruslerías. Desde que Norah se fue estamos solos. Muy cordialmente. “Con los saludos de casa a casa”.

Jorge Luis Borges

Postdata: También, en una revista americana, este epíteto homérico: “The not to be sneezed at sum of two thousand dollars.” El estornudo, ahí, es despectivo.

Reyes publicó esta carta con leves retoques en *Monterrey*, número 8, abril de 1932, como arranque de un breve ensayo sobre los “Estornudos literarios” y añadió esta respuesta:

Amigo Jorge Luis: No tengo a mano a Mme. Dacier, ni tampoco la *Ulixea*, de Pérez, el padre del célebre secretario de Felipe II, libros ambos que se han quedado en mi tierra. Usted puede consultar allá a don Leopoldo Lugones, experto en materia de *Odisea*. En la traducción castellana de Segalá y Estalella, la página 453 se abre con el alegre estornudo. También lo encuentro en la versión de Bérard, iii, página 45.

“Estornudos literarios” se recoge en *A lápiz* (1947), tomo viii de las *Obras completas*. Complacería a Borges y Reyes saber que mientras se transcriben sus cartas, en México Pilar Urreta ofreció un concierto de danza con el tema del estornudo (octubre 11 de 1979).

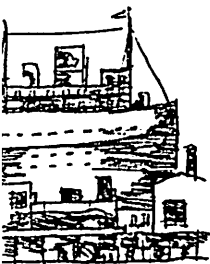
6

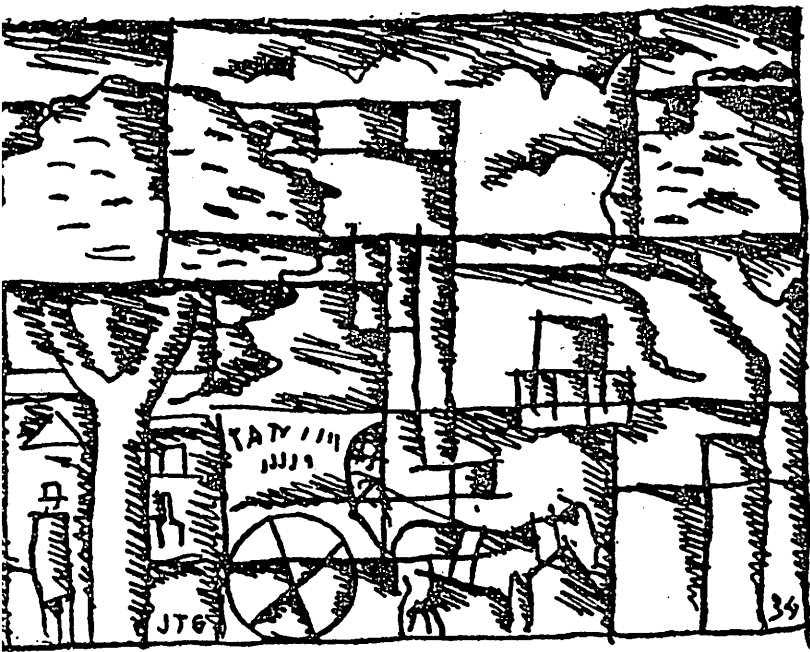
La correspondencia se interrumpe por seis años. Reyes vuelve como embajador en la Argentina de julio de 1936 a diciembre de 1937. Así pues, se encuentra en Buenos Aires cuando Borges publica su primer libro narrativo, *Historia universal de la infamia*. Regresa a México en enero de 1938, y escribe la primera carta de que guarda copia:

IV. De AR a JLB  
Sr. Don Jorge Luis Borges  
Pueyerrón 2190  
Buenos Aires, Argentina.

Mi querido Jorge Luis:

Espero que el librito que dejé para la editorial “Destiempo”<sup>9</sup> no le causará a usted muchos enojos. Entre usted, Pedro<sup>10</sup> y Amado Alonso<sup>11</sup> tal vez podrán encargarse de que salga, en lo posible sin





erratas. Mil gracias por lo que hagan y mil perdones.

Deseo ardientemente sus noticias, las de los suyos, de Norah y Guillermo<sup>12</sup> y, en general, de todos los inolvidables amigos. Ahora descubro que yo les pertenezco a ustedes mucho más de lo que suponía, que ya era mucho. No me olviden, por favor.

Siempre suyo,

Alfonso Reyes

En febrero de 1939 Reyes se establece en México para organizar la Casa de España que en octubre de 1940 se transforma en El Colegio de México. En un artículo, "La historia y la mente" (*El Nacional*, mayo 6, 1941. Recogido en *Los trabajos y los días*, 1944, O.C. ix) cita el cuento "La lotería en Babilonia" (*Sur*, enero de 1941). Al año siguiente acusa recibo:

V. De AR a JLB

México, D.F., a 19 de agosto de 1942

Mi querido y siempre recordado Jorge Luis:

No podría en breves líneas decirle con cuánto agrado he leído sus *Caminos que se bifurcan*<sup>13</sup> y con cuánto interés busco todo lo que usted publica. ¿Sería posible que me consiguiera usted un volumen de *Línea* de Gilberto Owen<sup>14</sup> que publicamos en Cuadernos del Plata?

Saludos a todos. Gracias y un abrazo.

Alfonso Reyes

Ante la importancia del libro y la proverbial cortesía de Reyes su laconismo sorprende tanto como

que no haya en sus líneas la menor alusión al hecho de que Borges, en la corriente inaugurada por los relatos de Lugones, haya convertido a Reyes en personaje de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", al mismo título que Adolfo Bioy Casares, Néstor Ibarra, Carlos Mastronardi, Drieu La Rochelle, Xul Solar, Martínez Estrada, Enrique Amorim, así como en otros cuentos aparecerán Henríquez Ureña, Sábato, Rodríguez Monegal:

En vano hemos desordenado las bibliotecas de las dos Américas y de Europa. Alfonso Reyes, hartado de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos y macizos tomos que faltan: *ex ungue leonem*. Calcula, entre veras y burlas, que una generación de *tlönistas* puede bastar.

7

El 30 de julio de 1943 Reyes publica en *Tiempo* el único artículo que dedicó íntegramente a Borges. Lo recoge en *Los trabajos y los días*, 1944, y *O.C.*, ix, 1959). Al final reseña *El jardín de senderos que se bifurcan*. Sin embargo, no menciona el título y la significación de esta obra capital (que Reyes no podía ver como la vemos después de tantos años de exégesis borgeana) le parece obviamente menor que la de *Seis problemas para don Isidro Parodi*:

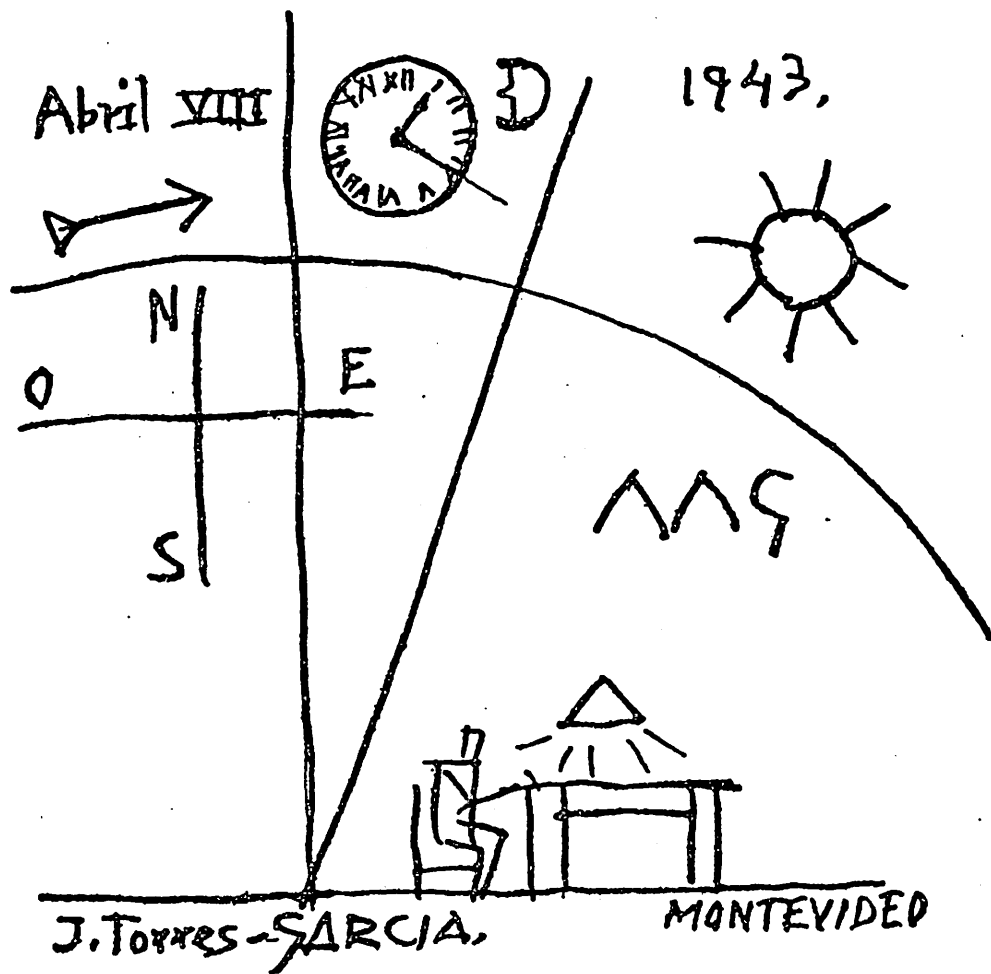
#### EL ARGENTINO JORGE LUIS BORGES

*Orígenes y tradición.* El gran viejo argentino Macedonio Fernández, cuya atildada cortesía y cuyas facciones recuerdan un poco a Paul Valéry, pertenece a la tradición hispánica de los "raros", que puede trazarse por las extravagancias de Quevedo, Torres Villarroel, Ros de Olano, Silverio Lanza y Gómez de la Serna. Sin ser maestro de capilla, ha ejercido cierta influencia en un grupo juvenil argentino, al menos poniéndolo en guardia contra los lugares comunes del pensamiento y de la expresión.

*La obra y la persona.* Jorge Luis Borges, uno de los escritores más originales y profundos de Hispanoamérica, detesta, en Góngora, las metáforas grecolatinas ya tan sobadas y las palabras que significan objetos brillantes sin dar claridad al pensa-







miento, así como desconfía del falso laconismo de Gracián, que acumula, aunque en frases cortas, más palabras de las necesarias. Borges ha escrito ya una buena docena de libros entre verso y prosa. En el verso huye de lo que él llama la manía exclamativa o la poesía de la interjección, y en la prosa, cuando opera con su propio estilo, sin caricatura costumbrista, huye de la frase hecha. Su obra no tiene una página perdida. Aun en sus más rápidas notas bibliográficas hay una perspectiva original. Fácilmente transporta la crítica a una temperatura de filosofía científica. Sus fantasías tienen algo de utopías lógicas con estremecimientos a lo Edgar Allan Poe. Su cultura en letras alemanas e inglesas es caso único en nuestro mundo literario. En sus venas hay sangre escocesa. Su hermana, Norah, es la fina dibujante, esposa de Guillermo de Torre. Tiene una parienta anciana a quien visitan los duendes y los espíritus pero con tanta familiaridad, que ya ella no les hace caso cuando dan en tumbar sillas o descolgar cuadros de las paredes. Borges es algo miope, y su andar parece el de un hombre medio naufragado en el mundo físico. Con todas las condiciones para ser un exquisito, se orienta de modo singular, cuando quiere, por entre los bajos fondos de la vida porteña y el lenguaje del arrabal, en el que ha logrado unas páginas de factura admirable y verdaderamente quevediana, dando dignidad al dialecto. ¡Lástima que estas páginas —de extraordinario valor— resulten inaccesibles al que no ha practicado aquellos ambientes de Buenos Aires!

*La novela detectivesca.* Así acontece con un libro publicado bajo el seudónimo de H. Bustos Domeq,

*Seis problemas para don Isidro Parodi* (Buenos Aires, Sur, 1942).

Borges y su colaborador Adolfo Bioy Casares —de una generación más nueva y autor de la encantadora fantasía científica *La invención de Morel*— habían publicado no hace mucho cierta caprichosa *Antología de la literatura fantástica*, donde seguramente hay varios cuentos firmados con nombres supuestos y escritos por los recopiladores del volumen. Con un método semejante, *Seis problemas* crean la personalidad de los prologuistas y del fingido autor de Bustos Domeq antes de crear los cuentos mismos. Con este libro, la literatura detectivesca irrumpe definitivamente en Hispanoamérica, y se presenta ataviada en el dialecto porteño. No se trata de problemas policiales ni de investigaciones de laboratorio. Parodi, el personaje que descubre la trama de los casos y la identidad de los culpables, no cuenta más que con su cerebro, como que es un presidiario recluido en su celda para varios años. Este desasimiento del "mundanal ruido" le da la concentración mental para sus aciertos y la nitidez, el despejo, para captar las líneas esenciales de los problemas. Todos los casos se desenvuelven en dos tiempos: en el primero, el visitante —generalmente un inocente de quien se sospecha— relata su enigma al presidiario como quien cuenta su enfermedad al médico; en el segundo, y con ocasión de una segunda visita, el médico dicta el diagnóstico, el presidiario da la recta solución del enigma.

*Testimonio social.* De paso, nos vemos transportados a los escenarios más abigarrados y curiosos, recorreremos los más ocultos rincones de la vida porte-



ña, y desfila a nuestros ojos una galería de tipos de todas las escalas y todas las razas mezcladas en aquel hervidero de inmigraciones, hablando cada uno su lenguaje apropiado. A tal punto que, amén de su interés de enigma, el libro adquiere un valor de testimonio social, aunque iluminado fuertemente por las luces poéticas. Entiéndase bien: poéticas, no sentimentales. No hay un toque sentimental aquí, que sería contrario a la firme estética de Borges.

*Mago de las ideas.* Borges es un mago de las ideas. Transforma todos los motivos que toca y los lleva a otro registro mental. Los solos títulos de sus libros hacen reflexionar sobre una nueva dimensión de las cosas y parece que nos lanzan a un paseo por la estratósfera: *El tamaño de mi esperanza*, *Historia de la eternidad*, *Historia universal de la infamia*, etc. Ya inventa una región inédita y olvidada del mundo, donde se pensaba de otro modo: Tlön, Uqbar, Orbis Tertius; ya inventa a un escritor francés que se propone reescribir íntegro el texto del *Quijote*, usando las mismas palabras de Cervantes, y simplemente pensando por su cuenta y al modo de hoy, con la fertilización del anacronismo, cada uno de los conceptos del libro clásico; ya imagina una biblioteca de todos los libros existentes y todos los libros posibles; ya una Babilonia gobernada, no por leyes sino por una especie de Lotería Nacional. Lo cual, bien mirado...

No sabemos si Borges llegó a leer esta nota. En la siguiente carta que se conserva en el archivo de Reyes no aparece mencionada:

VI. De JLB y ABC para AR  
Buenos Aires, 23 de octubre, 1943

Querido amigo:

¿Podemos incurrir en la mera historia? Cierta editorial nos encargó una antología de cuentos policiales; en ella incluimos *Los tres jinetes del Apocalipsis* de Chesterton; el valeroso temor de ofender a ciertos países aconsejó a nuestros editores la eliminación de ese cuento; a última hora tuvimos que reemplazarlo: optamos por *La honradez de Israel Gow*, en la excelente versión que usted conoce<sup>15</sup>. Esperamos ahora en su indulgencia.

Saludamos a nuestros lejanos amigos Xavier Villaurrutia y José Luis Martínez<sup>16</sup>. Para usted, nuestra viva nostalgia, toda nuestra amistad.

Jorge Luis Borges  
Adolfo Bioy Casares

VII. De AR a JLB y ABC  
México, D.F., a 17 de noviembre de 1943

Queridos Jorge Luis y Adolfo:

Gracias por su carta del 23 de octubre. Villaurrutia y Martínez saludan a ustedes por mi conduc-

to. *Israel Gow* está muy honrado. Esperemos que los sucesores de Calleja no reclamen, pues de ellos era la propiedad. No olviden enviarme la antología policial. Los sigo cuanto puedo. Los recuerdo siempre y los quiero de veras.

Alfonso Reyes

VIII. De AR a JLB  
México, D.F., a 24 de noviembre de 1943

Querido Jorge Luis:

Yo soy el primero y el último, pero no el único que lo admira y quiere en México. *Cuadernos Americanos*<sup>17</sup> desea vivamente alguna colaboración de usted, lo que le dé la gana. Nos honraría y complacería mucho. La administración es correcta y sabe bien que el trabajo literario se paga. Un abrazo cordial.

Alfonso Reyes

IX. De AR a JLB  
México, D.F., a 24 de mayo de 1944

Mi querido Jorge Luis:

Bástele saber que he estado enfermo y no pregunte de qué<sup>18</sup>. Descanso, campo, alejamiento de toda tarea, etc. En estos tristes tiempos la antología poética de usted<sup>19</sup> ha sido una de mis más ciertas alegrías. Volví a pasar por las avenidas conocidas y entré por las nuevas, fascinado. Gracias de todas veras.

Ahora, para usted y para Adolfo Bioy: acaban de llegarme los cuentos policiales<sup>20</sup>. Encantado, me prometo unas horas de encanto. Me ha gustado mucho ver el cuento de Chesterton convertido ya en un ente estético independiente de los casuales traductores, y he apreciado como buen gusto los finos retoques. Gracias otra vez.

Pronto llegará un libro espantoso que estoy por sacar *El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria*. Por favor, considérenlo con piedad. El hijo monstruoso es el que se lleva nuestra ternura. Saludos y abrazos

Alfonso Reyes

En *El deslinde* hay seis referencias al "admirable Borges". La más amplia está en el apartado 56, "Supuestos fantásticos":



3º Tipos filosófico-psicológicos. El escritor argentino Jorge Luis Borges ha acertado con algunas narraciones trascendentales que, aunque sin trama novelística, crean mundos ficticios: en "Tlön, Uqbar, Orbis tertius", inventa un pueblo que concibe el universo bajo normas muy diferentes de las nuestras; en "La lotería de Babilonia", un pueblo gobernado por el juego de azar. Estas fantasías van mucho más allá del humorismo y tienen valor de verdaderas investigaciones sobre las posibilidades epistemológicas.

8

Según el testimonio del archivo, Borges no se da por enterado de *El destinde* ni de otras menciones como el precursor artículo "Sobre la novela policial" (*Todo*, enero 4, 1945, O.C. ix): "...hay mil notas y luminosos atisbos en Jorge Luis Borges, que, en colaboración con Adolfo Bioy, está dando carta de naturalización al género en la literatura hispanoamericana y, podemos decir, en la hispana."

Pero siguen intercambiando libros, como lo demuestran estas líneas que interrumpen otros cinco años de silencio:

X. De AR a JLB  
Septiembre 27 de 1949

Mi querido Jorge Luis:

Estoy deleitado con *El Aleph*. Acaso por culpa de mis obligaciones didácticas, me siento hartado de los libros. Usted me ha reconciliado con las letras.

¡Qué lástima no tenerlo a mi lado para que me devolviera una poca de fe!  
Un estrecho abrazo.

Alfonso Reyes

XI. De AR a JLB  
México, D.F., a 25 de abril de 1950

Querido Jorge Luis:

Si puede, le ruego que me envíe sus artículos sobre los filósofos presocráticos<sup>21</sup>. Me interesan por usted y por ellos. ¡Qué rabia de tenerlo tan lejos!  
Saludos.

Alfonso Reyes

Cuatro años después aparece la primera carta ya dictada por Borges a su madre:

XII. De JLB para AR  
Buenos Aires, diciembre 1954

Amigo mío:

No quiero acabar el año sin enviarle con mis votos felices para 1955 a usted y los suyos, mi agradecimiento por el placer que me dieron sus envíos, en especial la *Trayectoria de Goethe*. No me olvide en sus trabajos, los saboreo y me hacen pensar en los días que fueron. Mi vista mal —le imponen un reposo de varios meses—, dicto a mi madre que se une a mis buenos deseos. Lo abraza siempre,

Jorge Luis

XIII. De AR a JLB  
México, D.F., 4 de enero de 1955

Mi queridísimo Jorge Luis:

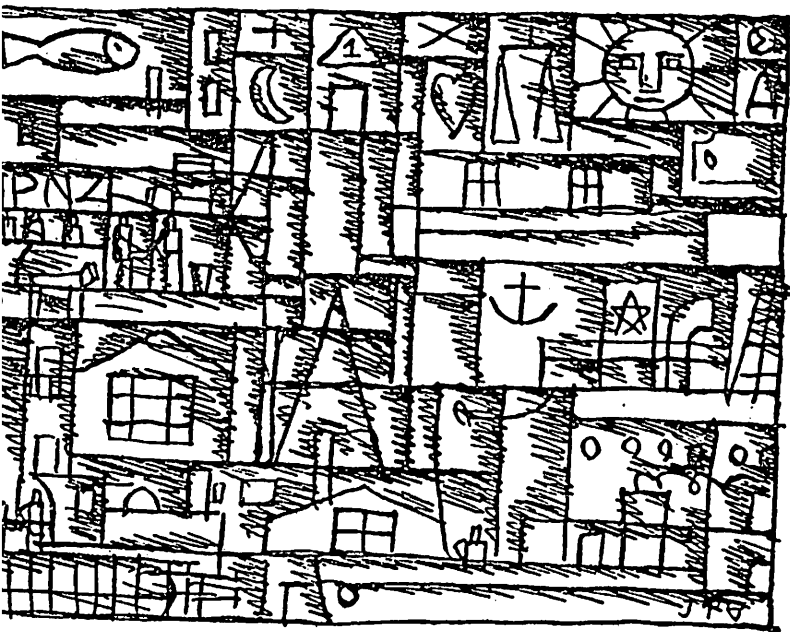
Correspondo a su señora madre y a usted, en nombre de todos los míos, sus amables votos para 1955. Son ustedes muy queridos en esta casa, independientemente de la admiración y justificada lealtad con que sigo todas y cada una de sus líneas. No puedo evocar sin emoción los días de nuestra frecuentación y compañía, tan placenteros. Espero que su vista mejore y que, al recibir estas líneas, le haya aprovechado a usted el obligatorio reposo que le imponen.

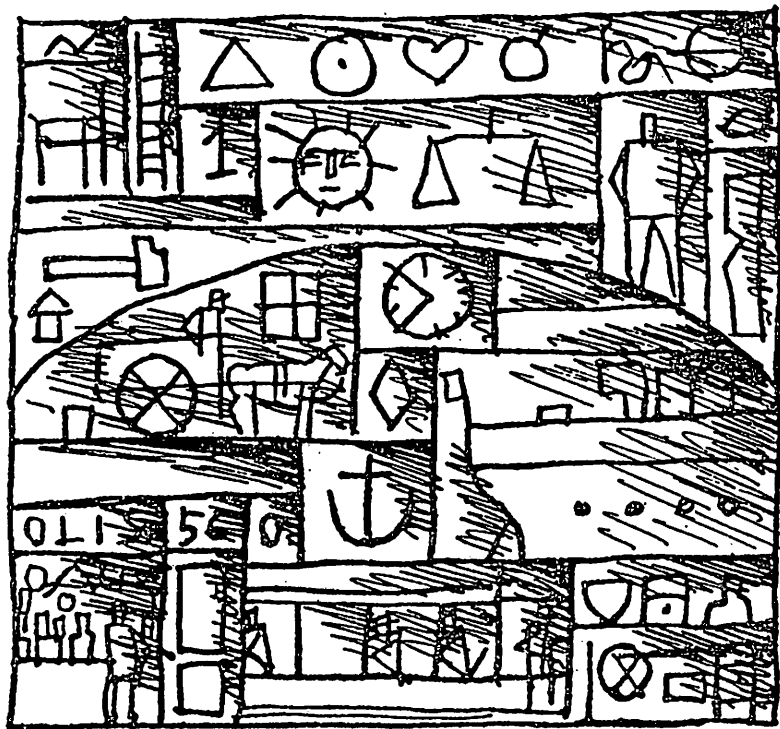
Un abrazo.

Alfonso Reyes

9

En la correspondencia no queda huella de que en 1955, al conmemorarse los cincuenta años de escritor de Reyes, Borges y Bioy Casares trataron de obtener para su amigo mexicano el premio Nobel. Tampoco de la página que Borges publicó en *México en la Cultura* (Buenos Aires) y se reproduce en





el número 6 de *Revista Mexicana de Literatura*. Es imposible que Reyes dejara sin agradecer el texto de Borges. Seguramente le envió una carta manuscrita, y no dictada como las anteriores, de la que no guardó copia en su archivo.

#### ALFONSO REYES

Rechacemos la tentación de pensar que todo le fue dado. Todo, porque como en la fábula de Mazerpa los aparentes desfavores son favores secretos y el hombre amarrado a un caballo que lo perderá en la estepa sin fin, va realmente a su reino. Fue así un favor para Alfonso Reyes haber nacido un poco de trasmano, en América, tierra que hereda las culturas occidentales, pero que no ha jurado devoción a ninguna de ellas. Otro favor fue que le tocara en suerte el español como lengua materna, ya que nadie, ni siquiera un nacionalista argentino, puede imaginar que esta lengua basta, y así Reyes debió adquirir el hábito de otras. También le fue dado el exilio, una de las armas de Joyce, que enseña que la patria es preciosa, como lo son las personas de nuestra familia, para nosotros, pero no tal vez para el universo. También a no dudarlo, la desventura, porque nadie es tan pobre que no la tenga y Reyes no iba a prescindir de este medio esencial.

Es evidente, sin embargo, que he enumerado condiciones, no causas; generaciones de hombres las recibieron y no supieron convertirlas en dones. Reyes es hoy el primer hombre de letras de nuestra América. No digo el primer ensayista, el primer narrador, el primer poeta; digo el primer hombre de letras, que es decir el primer escritor y el primer

lector. Menos que un individuo, es ya un arquetipo. Amigo de Montaigne y de Goethe, de Stevenson y de Homero, nada hay que pueda equipararse a la delicada hospitalidad de su espíritu. Dos virtudes de México, el valor y la cortesía, están en su obra, esas virtudes cuya pérdida en Florencia deploró Dante.

He conocido la dicha de conversar con Alfonso Reyes; hoy me consuela de la privación de ese diálogo el trato de sus libros.

XIV. De AR a JLB  
México, D.F., 2 de junio de 1955

Querido Jorge Luis:

Ni decirle necesito que he leído con verdadero entusiasmo la versión taquigráfica de su conferencia sobre el escritor argentino y la tradición<sup>22</sup>. Desde lejos siempre acordés como dos violoncellos.

¿Cómo va esa salud? Un abrazo de su

*Alfonso Reyes*

XV. De JLB para AR  
Buenos Aires, agosto 28 de 1955

Querido Reyes:

Gracias por sus *Quince presencias*, que mi madre me lee (yo no puedo aún ni leer ni escribir, ¿se imagina lo que es esto para mí?) y escucho con especial agrado también su *Historia documental*<sup>23</sup>. Nunca lo olvido, ni nuestras charlas con Henríquez Ureña, ni lo que he gozado y aprendido en sus libros. ¡Saludes y un gran abrazo bien apretado de su invariable amigo!

*Jorge Luis Borges*

También en 1955 Borges y Bioy Casares publicaron *Cuentos breves y extraordinarios*. No he visto la primera edición de Raigal e ignoro si en ella aparece el texto de Reyes incluido en la segunda (Colección Mundial Rueda, 1967) y tomado de *El deslinde*:

Dicen que en el riñón de Andalucía hubo una escuela de médicos. El maestro preguntaba:

—¿Qué hay con este enfermo, Pepillo?

—Para mí —respondía el discípulo— que se trae una cefalalgia entre pecho y espalda que lo tiene frito.

—¿Y por qué lo dices, salado?

—Señor maestro: porque me sale del alma.



Es la única página de Reyes incluida en una antología de Borges y Bioy Casares.

En abril de 1956 Reyes hace un breve homenaje a Borges en su ensayo "Los rostros aleccionadores", recogido en el segundo ciento de *Las burlas veras* (1959):

Las conferencias del Port-Royal nacían al fuego de los ojos del público, dice más o menos Saint-Beuve. Así veo yo, a veces, cuando escribo, la imagen de mis amigos vivos o muertos. Y, al modo como Marco Aurelio empieza el libro de sus pensamientos reconociendo lo que debe a éste y al otro en el orden de la virtud, yo puedo decir lo que debo a esas etéreas imágenes, aunque no siempre acierte a aprovechar sus consejos.

Cuando temo haberme documentado imperfectamente y con demasiada ligereza, se me aparece como un reproche la cara de don Ramón Menéndez Pidal, mi inolvidable maestro. Cuando no logro expresarme con diaphanidad y precisión, creo ver el rostro de Pedro Henríquez Ureña, que me reconviene. Cuando me pongo algo pedante, se me aparece como en protesta ese gran maestro de sencillez que fue Enrique Díez-Canedo. Cuando deseo más sensibilidad y gracia ¿a quién invocar sino a "Azorín"? Cuando me pongo algo "cursi", aparece Jorge Luis Borges y me lo reprocha en silencio. ¡Cuánto les debo a todos!

Y lo más singular del caso: hace poco he averiguado que, a su vez, dos escritores sudamericanos

leen en voz alta las frases o trozos que les parecen mal contruidos, imitando mi voz y el ritmo de mi lectura, como quien se somete a prueba. De modo que habemos varios que nos ayudamos desde lejos. Con razón los siento a pesar de todo tan cerca de mí que, en ocasiones, me entra la tentación de hablarles.

XVI. De JLB para AR  
Marzo de 1957

Querido maestro y amigo:

Le envío un ejemplar del primer número de *La Biblioteca*,<sup>24</sup> inferior, como todas las obras humanas, a nuestras esperanzas, pero que anhela mejorarse y salvarse con una colaboración suya, de cualquier extensión y carácter. En estos días le mandaré un ejemplar del trabajo didáctico sobre Lugones<sup>25</sup> que hice con Bettina Edelberg.

El país y yo lo extrañamos minuciosamente. Mis ojos no me dejan escribir y tengo que dictar esta carta y borrajear, acaso ilegiblemente, esta firma.

Jorge Luis Borges

Postdata: La lectura de su obra es una de mis grandes alegrías.

XVII. De JLB para AR  
Buenos Aires, Dic. 1959

Querido Reyes:

No quiero concluir el año sin decirle el placer que me han dado sus libros y su querida amistad. Habrá recibido la invitación para recibir el premio de *La Prensa*<sup>26</sup>, ¿será posible? ¡Qué honor para Buenos Aires y para sus tantos amigos tenerlo entre nosotros! Como yo no puedo hacerlo, me leen *La filosofía helenística*. Gracias, amigo. Van en un abrazo mis votos felices para Navidad y Año Nuevo.

Jorge Luis Borges

La amanuense los desea muy felices.

Leonor<sup>27</sup>

